

«Cuatro son los Evangelistas que reconoce la Iglesia como tales: San Mateo narra lo que ha visto como testigo presencial, como uno de los Apóstoles escogidos; San Marcos es compendiador de San Mateo, y habla también como testigo presencial de muchas cosas. Pero San Lucas que narra con especialidad todo lo que se refiere á la Virgen Madre, ¿de dónde podía saberlo que había sucedido en el acto de la Encarnación del Verbo, y el diálogo entre María y el Arcángel, si aquella no lo hubiera referido en honor de éste? Con razón, pues, llama nuestro gran Padre y compatriota San Ildefonso á la Virgen María «la Evangelista de Dios, bajo cuya dirección fué educado el infante Dios (1).»

Y no se diga que la inspiración divina y la superior enseñanza de la revelación directa del Espíritu Santo excluye los medios humanos, y la tradición humana, aunque sea la de la Virgen. Esto no es cierto; no está en la economía divina, que si obra hácia el fin con energía, lo dispone todo suavemente, y aun al obrar á lo divino no excluye el medio humano. Por boca de Isaías habla á lo cortesano y erudito, por boca de Baruch habla á lo pastor y rudo, y con todo, en uno y otro caso es el Espíritu Santo el que habla, á la manera que el viento que sale por las trompas de un órgano suena agudo ó grave según el cañón por donde sale, siendo igual el aire en el uno que en el otro. Los mismos Apóstoles, y sobre todo San Pedro y San Juan, testifican siempre lo que han visto. Os anunciamos la palabra de vida que hemos visto por nuestros ojos y tocado con nuestras manos. ¿Qué extraño es si el mismo Jesucristo les había dicho que habían de ser testigos suyos en lo que habían visto (2). Pero San Lucas no habla como testigo presencial sino de referencia y de escrupulosa investigación humana. Expresa que cuando él escribía habían escrito ya otros muchos, pero con todo, añade:—«Me ha parecido también á mí escribirtelas por su orden, ó bien, Teófilo, tal como pasaron desde el principio hasta el fin, después de haberme informado escrupulosamente (3).» ¿Quién le había contado á San Lucas ni le podía contar el misterioso acontecimiento de la Anunciación? Y los Apóstoles mismos, incluso San Juan, ¿qué sabían acerca de los primeros treinta años de la vida de Jesús? Ellos podían hablar de los tres años últimos de la vida del Salvador, pero nada de aquellos que solo eran conocidos de María, pues San José había muerto.

Oportunamente dico á este propósito Augusto Nicolás: «Claramente se ve que es la Santísima Virgen María Madre de Jesús á la que el historiador sagrado nos muestra en el cenáculo, en unión con los Apóstoles perseverando en la oración, mencionando tanto más expresiva, cuanto que el que lo dice es San Lucas, el cual quiere expresar de este modo que ese testimonio proviene de María, de la cual nos dice en su Evangelio, hablando de la niñez de Jesús, que conservaba en su corazón todas las cosas relativas á Este. San Anselmo no duda de ello, llegando á decir (4):—

(1) San Ildefonso arzobispo de Toledo, en su sermón sobre la Asunción.

(2) San Juan, cap. XV, vers. 27. En el cap. I de su epístola 1.^a comienza San Juan diciendo lo mismo y en el vers. 3.^o añade: *Quod vidimus et audivimus annuntiamus vobis.*

(3) Comienza San Lucas su Evangelio diciendo: «Por cuanto muchos han intentado coordinar la narración de las cosas que entre nosotros han ocurrido, según la tradición que nos han dejado (*sicut tradiderunt nobis*) los que fueron desde el principio ministros ó encargados de llevar la palabra.»

(4) Libro de excel. Virg.

«Aunque descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, muchos grandes misterios se les revelaron por medio de María.»

«Dios, que según hemos dicho aprovecha para sus altos fines cuanto bueno existe en los medios humanos, que empleaba el testimonio de los Apóstoles después de haberlo depurado de su nativa rudeza, no hubiera suprimido seguramente el testimonio de la más santa de las criaturas, la mejor informada y la más fiel.»

Cita en seguida el testimonio de uno de los más antiguos expositores, el Abad Ruperto, que llega á decir: «Tu voz, ¡oh María! fué para los Apóstoles la voz del Espíritu Santo, pues que de tu segura religiosa boca escucharon todo lo que era necesario suplir ó atestiguar en confirmación de aquellos sentidos de cada uno que del Espíritu Santo mismo habían aprendido (1).»

En los veintitres años que María vivió sobre la tierra después de la muerte de su Hijo, alcanzó á ver cumplidas algunas de las profecías, y también el principio de las guerras que asolaron á la Palestina y con ellas el castigo providencial de la ciudad y de la gente Deicida y maldita.

La ruina de Jerusalem y el castigo de los Judíos habían sido profetizados por Jesús á los cristianos, y no sin amargas lágrimas, advirtiéndoles que con tiempo huyesen, como lo hicieron. De aquí la necesaria dispersión de los Apóstoles para predicar el Evangelio por varias regiones, siquiera Dios les librara del dolor de ver la ruina de su país y más adelante los horrores del sitio de Jerusalem. La tradición oriental supone que María pasó á Éfeso (2). La particular de nuestra Iglesia española añade á esto la despedida especial de Santiago y la venida de Ella á Zaragoza, visitándole á orillas del Ebro durante una noche. Pero esto segundo pertenece á la historia particular de las relaciones de María con nuestra Iglesia y el culto especial de aquella en nuestra patria.

XXXIX.

LA ASUNCION AL CIELO.

Assumpta est Maria in caelum, gaudent Angeli, laudantes benedicunt Dominum.

(La Iglesia en la antifona 1.^a del rezo de la Asunción.)

La Sagrada Escritura nada dice acerca de la muerte de la Santísima Virgen. *Tránsito* llamaron nuestros mayores á su fallecimiento con expresiva frase, pues ni

(1) *Rupertus*, libro 1.^o en Cantic.

(2) Esta tradición se tiene por muy dudosa y por invención de los griegos, muy aficionados á contar siempre maravillas de su tierra: ya san Jerónimo hablaba de las fabulillas griegas. Si la ruina de Jerusalem no ocurrió hasta quince años después de muerta la Virgen María, no pudo ser este bastante motivo para que aquella saliera de Jerusalem.

su muerte fué como la de los otros hombres, ni acompañada de angustias y agonía, ni de fealdad y terrores (1). La que no había pecado en Adán, no estaba en rigor sujeta á la pena que se le impuso; pero habiéndose sujetado á ella su divino Hijo, era consecuente que también quedare comprendida en esa penalidad su Santa Madre.

Sus deseos de salir de esta vida mortal, de volar á incorporarse con su Hijo para estar con Él, para no separarse nunca, fueron vivísimos. ¿Qué madre tuvo jamás tanta ansia por volver á ver á su hijo? ¿Y qué hijo mereció jamás tanto anhelo de una madre? Aunque la Sagrada Eucaristía templase diariamente tales ansias, aunque los últimos años de su vida fueron un extásis casi continuo, viviendo en frecuentísimo contacto con el cielo, estos favores no habían de ser bastantes para satisfacer á su alma enamorada, y para ella parecen hechas aquellas doloridas frases del Rey David su ascendiente (2): «Ay de mí, cuánto se va prolongando mi destierro!» Y aquellas de San Pablo: «Deseo morir para estar con Cristo (3).» La muerte para las almas puras y santas, confirmadas en la Divina gracia, léjos de ser horrible y temida es plácida y deseada. El espíritu se desliga de la materia como el preso de sus ataduras; caen las cataratas de la carne y ve el justo la verdadera luz. «Oh cuán preciosa es la muerte de los Santos á los ojos del Señor (4)». Si la Sagrada Escritura no alcanza á los últimos tiempos de los Apóstoles ni á dejarnos noticias acerca del Tránsito de la Virgen, la tradición y la Iglesia Santa nos las han conservado, y no es lícito al católico desairarlas, contenidas como están en el rezo del Oficio Divino, y tomando este de un sermón de San Juan Damasceno (5). «Por una antigua tradición, dice, ha llegado hasta nosotros la noticia de que al tiempo de su glorioso Tránsito todos los Santos Apóstoles, que andaban por el mundo trabajando para la salvación de las almas, se reunieron al punto llevados milagrosamente á *Jerusalén*. Estando, pues, allí gozaron de una visión angélica, oyeron un celestial concierto, y de este modo entregó en manos de Dios su ánima santa henchida de soberana gloria. Su cuerpo, que había recibido á Dios de una manera inefable, fué enterrado en un nicho allí en Gethsemani (6), mezclándose en el entierro los himnos de los Apóstoles con las armonías de celestes coros. Durante tres días se oyeron allí cantos angélicos, que cesaron al cabo del tercero día. Llegando entonces el Apostol Santo Tomás, único que faltaba, y deseando adorar aquel cuerpo que había tenido á Dios encarnado, abrieron el túmulo, mas ya no encontraron allí el sagrado cuerpo, sino solamente aquellos objetos con que había sido sepulta-

(1) Algunos antiguos Padres llegaron á dudar si la Santísima Virgen murió realmente, y se cita á San Epifanio entre ellos; pero la Iglesia no duda acerca de que murió realmente.

San Dionisio afirma que conservaba al tiempo de su muerte singular belleza.

(2) Salmo 120, vers. 5.

(3) *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo (Ad Philipens., 1, 23.)*

(4) Salmo 115.

(5) Las lecciones del segundo nocturno del Breviario romano al día 18 de Agosto se refieren á dicho Santo Padre al final de su oración 2ª ó sermón de *dormitione Deiparae*.

(6) Si fué enterrada en Gethsemani, no es aceptable la tradición griega que supone á la Santísima Virgen muerta en Efeso, ni áun creo que la Santísima Virgen saliera de *Jerusalén* para ir allá. ¿Qué tenía que hacer en Efeso, con San Juan y la Magdalena? Cítase en apoyo de esta opinión á Modesto Patriarca de *Jerusalén* al año de 920, fecha muy retrasada. Veremos que á Santa Pulqueria dijo otra cosa más cierta su antecesor Juvenal. Que el sepulcro de la Magdalena estuviera ó no en Efeso, importa poco para nuestra cuestión.

da, los cuales despedían suavísima fragancia: en vista de esto volvieron á cerrar el modesto túmulo. Asombrados en presencia de este misterioso milagro, no pudieron ménos de pensar que Aquel, á quien plugo encarnarse en las entrañas de la Virgen María para hacerse hombre y nacer como tal, siendo Dios, el Verbo y Señor de la Gloria, y que preservó incólume su virginidad á pesar del parto, quiso también honrar su cuerpo inmaculado en seguida de su muerte, conservándolo sin corrupción alguna y concediéndole el que fuese trasladado al Cielo antes de la general resurrección del linaje humano.

«Cuando esto aconteció estaban con los Apóstoles el muy santo varón Timoteo, primer obispo de Efeso, y Dionisio Arcopagita, según atestigua él mismo, en lo que escribió acerca del bienaventurado Hieroteo, que también se hallaba allí, diciendo: «Entre los mismos santos prelados inspirados por Dios, se convino en celebrar con himnos, como cada cual pudiese, la infinita bondad del poder divino, acerca del sagrado cuerpo de la Virgen, cuando nos reunimos con muchos de nuestros santos hermanos, como ya te acordarás, para ver aquel cuerpo de donde la vida tuvo principio, y que engendró al mismo Dios; estando también allí Santiago, pariente del Señor, y Pedro, suprema autoridad y la más antigua entre los teólogos.»

Tal es la tradición de la Iglesia acerca del Tránsito y Asunción de la Virgen Santísima á los cielos desde los primeros tiempos del Cristianismo, según la refiere un Padre tan eminente y discreto como el Damasceno, y la acepta la Iglesia, consignándola en su rezo, diga lo quiera la crítica sobre ello.

En efecto, San Juan Damasceno vivía en el siglo VIII; hay mucha distancia desde mediados del siglo I, en que murió la Santísima Virgen, hasta mediados del VIII en que se supone murió aquel Santo Padre (754 á 757), y su autoridad, grande para afianzar la tradición que duraba todavía en su tiempo, es harto escasa para afianzar la exactitud histórica. Muchos críticos y muy piadosos, no quieren creer que la Santísima Virgen muriese en *Jerusalén*, sino en Efeso, habiendo de ser aquella en breve arrasada y abrasada por los romanos, diez años después de la muerte de la Virgen.

En tan delicadas materias, en que luchan por una parte las tradiciones piadosas y por otra los argumentos de la crítica, manejada, no por impíos sino por católicos, sabios, piadosos y de buen descao, el mejor sistema es no negar rotundamente ni tampoco creer de ligero. Por ese motivo parece preferible dar aquí un trozo tomado de una obra moderna escrita por un piadoso padre de la Compañía de Jesús, en la Vida de la Emperatriz Santa Pulqueria, especial devota de la Santísima Virgen y propagadora de su culto (1):

«Para mejor inteligencia de este punto, dice, conviene recordar aquí lo que Nicéforo refiere en otro lugar; y es, que deseando la Santa (Pulqueria) obtener el cuerpo de la Madre de Dios (2) para enriquecer con él su Iglesia, y pidiendo con

(1) Vida de Santa Pulqueria escrita en italiano por el P. Contucci de la Compañía de Jesús, traducida al castellano por el P. Andrés Artola de la misma Compañía, impresa en Madrid en 1863. El capítulo XXIX que cortaba la narración, se puso por apéndice en la edición española, pág. 216.

(2) Por más que me digan, nadie me hará creer ese desatino tan ofensivo á Santa Pulqueria como á la Santa é inconcusa tradición del misterio de la Asunción, que sujetos piadosos piden á la Santa Sede sea elevado á dogma y punto de Fé. La petición del cuerpo de la Virgen por

instancia esta gracia á Juvenal, Patriarca de Jerusalem, el cual, despues del Concilio, se habia quedado en la corte, con motivo de una sedicion, le respondió el Patriarca que el sepulcro de la Virgen estaba efectivamente en Jerusalem, pero que segun una tradicion, no menos antigua que verdadera, habiendo los Apóstoles abierto el sepulcro de la Virgen, tres dias despues de su muerte, para mostrar el cuerpo á Santo Tomás, que no habia asistido con ellos á la muerte y sepultura de la misma, no hallaron en él otra cosa mas que las fajas y los lienzos sepulcrales, quedando todos persuadidos de que el sagrado cuerpo de la Virgen habia sido llevado al cielo juntamente con el ánima por el especial favor de su divino Hijo.— Oyendo esto (añade Nicéforo), ya que no podia obtener otra cosa, pidió que le diesen á lo ménos el sepulcro con los lienzos que en él habian quedado, en lo cual le complació Juvenal, enviándole despues de su regreso á Jerusalem todo cuanto deseaba."

"Esta relacion (dice el P. Contucci) tiene tantas dificultades en todos sus pormenores, que, exceptuando la Asuncion de la Santísima Virgen, muchos escritores modernos no ven ella más que una voz popular, trasformada en un punto histórico sin pruebas suficientes, ó una invencion, sea de Juvenal, sea de cualquier otro de devocion poco discreta é infundada. No es este el lugar de examinarla críticamente; pero limitándonos únicamente á lo que pertenece á nuestra Santa, si la Asuncion de la Santísima Virgen era, segun dice Juvenal, una tradicion antiquísima y por consiguiente notoria, ¿cómo podia ignorarla Pulqueria, mujer no ménos docta que piadosa, hasta el punto de pedir con instancia el sagrado cuerpo? ¿Y cómo podia obtener el sepulcro, cuando de los escritores vecinos á aquellos tiempos se colige la incertidumbre que entónces habia, y que aun dura al presente, del lugar donde vivia la Virgen y de la ciudad donde murió, si fué en Jerusalem ó Éfeso? Pero cualquiera que fuese este sepulcro, que, entre los Judios, solia abrirse en la Peña Viva, ya fuese caja fúnebre, si es que tal uso existia en el pueblo hebreo, ó féretro para trasportar los cadáveres, que por lo mismo no suele encerrarse en la tumba, como aqui debiera suponerse; cualquiera, repito, que fuese este pretendido sepulcro, es lo cierto que la Santa no pudo colocarle en su templo, porque Juvenal volvió á Jerusalem en Julio ó poco ántes que Pulqueria pasara á mejor vida, ó más probablemente en Agosto, cuando ya habia muerto, como lo confiesa el mismo Nicéforo, poco concorde consigo mismo, cuando, sin hacer mencion ninguna de la Santa, dice que fueron llevadas á Constantinopla aquellas reliquias en tiempo de Marciano, que sobrevivió á su santa esposa."

"Si en tal incertidumbre pudiesen dar alguna luz las conjeturas, yo creeria (sigue hablando el P. Contucci) que hay en ello alguna equivocacion originada de lo que sucedió, segun dicen, en tiempo de Leon. Pretenden algunos que habiéndose hallado en poder de una piadosa mujer de Palestina ciertos vestidos, que habia usado la Virgen, fueron colocados por aquel Emperador en la iglesia de Blancherna, con la misma caja en que ántes se conservaban. No hay cosa más fácil que, por

Santa Pulqueria, supone ignorancia de la Asuncion por parte de esta ó incredulidad de la Santa. Y ¿quién hará á Santa Pulqueria el agravio de creerla ignorante ó incrédula de la Asuncion de la Virgen?

Nicéforo, como buen griego, fué escritor poco discreto y ménos seguro, crédulo unas veces y ligero por lo comun.

haber venido de Jerusalem, creyese el vulgo que fuese aquella la caja sepulcral, y los vestidos los mismos que quedaron en el sepulcro despues de la Asuncion de la Santísima Virgen, y tomando los historiadores sucesivos como un hecho positivo lo que no era más que una voz popular, se llegase á formar una relacion, no ménos extravagante por el anacronismo, que por las circunstancias con las cuales quisieron adornarla y hacerla más admirable."

Hasta aquí el piadoso Jesuita. Yo no me atreviera á decir tanto; pero celebro que él lo haya dicho.

Los escritores, principalmente agustinianos, que tratan de la fiesta de la Correa que cenía la Santísima Virgen, suponen que entre los lienzos y demas objetos de su mortaja, que en el sepulcro quedaron, estaba aquel objeto con que cenía su túnica la Santísima Virgen. Algunos añaden que esta correa fué lo único que regaló Juvenal á Santa Pulqueria, y aun citan por testigo de ello al poco seguro Nicéforo. Pero ni aun esto puede pasar fácilmente á los ojos de la crítica, pues Nicéforo no habla de correa, ni aun siquiera de ceñidor ó cingulo, sino de *fajas* para amortajar (1) (*sepulcrales fascias*), aludiendo á las fajas ó largas tiras de lienzo con que los Judios amortajaban y embalsamaban sus cadáveres casi al estilo de los egipcios, entre los que habian vivido, y como el Evangelio de San Juan nos describe á Lázaro saliendo del sepulcro (2).

A estas dificultades para creer que el sepulcro de la Virgen fué llevado á Constantinopla, se añade que la tradicion de Jerusalem lo supone existente allí. Fray Antonio del Castillo, que describió la iglesia de la Virgen tal cual estaba en el siglo XVII, y está todavía en el monte Olivete, dice de ella lo siguiente (3): "Entramos en el huerto de Gethsemani, y luego fuimos al sepulcro de la Virgen Santísima. Es una iglesia muy grande y hermosa, de maravillosa fábrica y arquitectura: la mayor parte de esta iglesia está debajo de tierra, de modo que de tanta máquina como tiene, no se viene á descubrir por arriba más que fábrica cuadrada por de fuera, y toda ella no parece sino una casa muy pequeña."

"Bájase á esta iglesia por cincuenta escalones muy anchos y espaciosos: son todos de jaspé blanco. A poco más de la mitad de la escalera como se va bajando, á la mano izquierda, está el sepulcro de San José, esposo de la Virgen, en una capilla muy pequeña, y en la misma capilla está tambien el sepulcro de Simeon el Justo, el que tuvo al Niño Jesus en sus brazos, cuando le presentó la Virgen en el templo. A la mano derecha en frente de esta capilla hay otra en la cual están los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana, padres de la Virgen."

"En bajando á la iglesia, en medio de ella está el sepulcro de la Virgen Santísima."

(1) *Sacri loculi nomen habens.... Divinum loculum et sepulcrales fascias..... ibi reposuit.*

Citado por el P. Contucci á la página 179 de la version española.

(2) Evangelio de San Juan, cap. XI, vers. 44.

(3) Prefero como ya he dicho las sencillas narraciones de este buen fraile español, que estuvo allí hace dos siglos y medio y muy de asiento (1626), á las poéticas descripciones de los viajeros franceses, que han recorrido la Palestina á guisa de turistas.

Más de doscientas misas habia dicho el P. Castillo en aquella iglesia, segun refiere él mismo, al describir prolija y candorosamente los riesgos y apuros con que iban entónces allá á decir misa de madrugada los pobres frailes franciscanos, que han sufrido los palos en aquellos parajes, hasta los tiempos presentes, en que, mejoradas las condiciones, ya todos pueden allí ser valientes.

ma. Está todo hecho de una piedra y cubierto de mármol fino muy blanco. Aquí decimos misa los sacerdotes latinos solamente (1).

En saliendo de este santísimo sepulcro, como treinta y tres pasos, se entra en la cueva á donde Cristo oró y sudó sangre la noche de su Pasion.

Difficil es por tanto aceptar las tradiciones griegas acerca de la muerte de la Santísima Virgen en Éfeso, ni ménos las relativas á la traslacion de su sepulcro á Constantinopla, ni en vida de Santa Pulqueria, ni de su esposo el Emperador Marciano.

Puesto que la Iglesia de Jerusalem conserva la tradicion del sitio donde la Virgen fué enterrada, y la Iglesia acepta en el rezo del Oficio Divino la narracion de San Juan Damasceno, posterior á los tiempos de Santa Pulqueria y del poco seguro Nicéforo, suponiendo el entierro en el huerto de Gethsemani, parece lo más seguro y aceptable conformarse con lo que la Iglesia acepta y la piédad cristiana va transmitiendo en Jerusalem de generacion en generacion.

Para conclusion de la vida de la Santísima Virgen Maria en la tierra, conviene fijar en lo posible, y siguiendo las investigaciones de los criticos piadosos, Baronio, Pagi y otros, las fechas principales de la vida de aquella, por aproximacion, y sin entrar en grandes controversias que aquí fueran impertinentes.

El nacimiento de la Santísima Virgen se supone hácia el año 22 del Imperio de Augusto, calculando que Nuestro Señor Jesucristo nació en el 42 de su Imperio, y que tenía aquella unos 18 años al tiempo de la Encarnacion y nacimiento del Verbo.

Segun este cálculo, y habiendo vivido Nuestro Señor Jesucristo 33 años, tenía Nuestra Señora unos 50 de edad al tiempo de la Pasion y muerte de Aquel. No hay, pues, motivo para pintarla como jóven ó niña en aquel trance.

Habiendo vivido unos 22 ó 23 años despues de la muerte de Jesus, resulta que murió de edad de 72 años cumplidos (2) y hacia el año 55 de la Era vulgar y cómputo comun, cinco años despues de la dispersion de los Apóstoles y quince ántes de la ruina de Jerusalem. Su muerte se fija comunmente al día 15 de Agosto, en que celebra la Santa Iglesia su Tránsito á modo de sueño y su gloriosa Asuncion.

Almas piadosas trabajan hoy dia con empeño por que se declare por la Iglesia como punto de fe que la Santísima Virgen fué sublimada al Cielo en carne mortal por su Santísimo Hijo, conforme á la constante tradicion de la Iglesia. Cuán antigua y arraigada sea esta en España lo veremos en el libro siguiente.

(1) Hoy, por desgracia, aquel santo lugar se halla en poder de los cismáticos que lo han usurpado á los latinos.

(2) Esta es la opinion que adopta Augusto Nicolai, apoyándola en la de San Andrés de Creta, oracion 1.^a y *Dormitione S.S. Deiparæ*, y variándose á la *Bibliotheca Patrum*, tomo X, pág. 655.

Pero las opiniones y cómputos están muy discordes sobre el asunto. Orsini dice hablando de la incertidumbre acerca de esa fecha: "Eusebio la fija en el año 48 de nuestra Era; segun esto Maria habria vivido solamente 68 años. Pero Nicéforo, libro 11, cap. XXI, dice formalmente que murió en el año 5.^o del reinado de Claudio ó sea 45 de la Era vulgar. Entónces, suponiendo que la Santísima Virgen tuviese 16 años cuando el Salvador vino al mundo, habria vivido 61 años; pero Hipólito de Tebas asegura en su Crónica que la Santísima Virgen parió de edad de 16 años y murió once años despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de comprobar las fechas*, la Virgen murió á la edad de 66 años."

Por mi parte hallo una razon para darle más edad. Si la dispersion de los Apóstoles tuvo lugar del año 50 al 51 de la Era vulgar, segun la opinion más corriente, la Virgen debió morir despues de esa fecha y por tanto de edad de más de 70 años.

Los artistas antiguos figuraron la Asuncion de una manera simbólica muy notable, pues representaban á Jesucristo junto al lecho mortuorio de Maria, teniendo en las manos una figurita de mujer en actitud de levantarla y dirigirla al Cielo, simbolizando el alma en aquella pequeña figura. Del siglo VI hay relieves con esta representacion.

Pero esta tosca alegoria dejó de usarse así que progresaron las artes, y entónces se substituyó el colocar á la Virgen sobre un grupo de nubes, con las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud extática, y mirando al Cielo, para indicar que se remonta á él, rodeada de Angeles, que acompañan, no ya su alma, sino su cuerpo.

En las catacumbas de Zaragoza se ha creído encontrar otra alegoria de la Asuncion, desde el siglo IV de la Iglesia. En el sepulcro de Santa Engracia se ve una matrona cuya diestra toma otra mano, que sale de entre las nubes, y se ha creído sea la efigie de la Santísima Virgen (1) cuya diestra toma el Eterno Padre para subirla al Cielo.

Por lo que hace á la imágen verdadera del rostro de la Santísima Virgen, preciso es confesar que no existe ninguna que pueda ser considerada como retrato suyo.

Ya desde el siglo V por lo ménos se veneraba en Constantinopla una imágen de la Santísima Virgen que se decia pintada por San Lucas. Estaba en la iglesia llamada de los *odejos* (*los guías*), que reparó Santa Pulqueria, la cual puso en ella una efigie que le regaló la Emperatriz Eudoxia y se atribuía al Santo Evangelista (2). Pero hoy día los criticos no admiten ya ni que San Lucas fuera pintor, ni que sean de su mano las muchas y muy variadas imágenes que como tales han sido veneradas. Por lo mucho que habló en su Evangelio acerca de la Santísima Virgen, y más que ningun otro de los Evangelistas, le llamaron los primeros cristianos *el pintor de la Virgen*: de aquí vino el que algunas personas poco instruidas tomaran al pié de la letra este dicho y que luego lo viniera repitiendo el vulgo.

Tres se dice que fueron las principales imágenes de la Virgen pintadas por San Lucas, pero la verdad es que se citan como tales otras muchas. En Roma por de pronto se citan tres:

1.^o La de Santa Maria la Mayor en la capilla de Paulo V.

2.^o La del Álamo (*del Populo*) (3) en la via Flaminia.

(1) Así lo defendió el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra en un artículo publicado en la *Re vista católica* titulada *La ciudad de Dios*, año de 1870, alegando razones para probar, que aquel monumento era del siglo IV y que la figura cuya mano toma Dios para subirla al cielo no representa á Santa Engracia sino á la Santísima Virgen. Es punto muy dudoso.

(2) San Jerónimo hablando de San Lucas solo dice que era médico. Si hubiera sido pintor, ¿lo hubiera ignorado San Jerónimo, tan erudito y tan versado en las cosas de Palestina donde escribió? Este argumento, aunque negativo, es muy fuerte.

El P. Scio en el preámbulo del Evangelio de San Lucas conviene en que San Lucas no fué pintor, y esta es hoy día la opinion de la casi totalidad de los criticos piadosos. Además, en estas cuestiones no se debe dejar de oír á los artistas piadosos é inteligentes en la historia de las bellas artes, y estos no pueden aceptar como de San Lucas pinturas que revelan procedimientos de épocas posteriores.

(3) *Populus* en latin significa á veces el álamo, no el pueblo. Traductores ignorantes suelen llamar á esta efigie la Virgen del pueblo. Apareció en un álamo, y de ahí se le dió el nombre. La pintura es bizantina y por el estilo de la de Nuestra Señora del Socorro, objeto hoy día de gran veneracion en la iglesia de los PP. Redentoristas de San Alfonso Ligorio.

En varias iglesias de España he visto altares con la efigie de Nuestra Señora del *Populo*, que mejor se debiera haber dicho *in Populo* ó del Álamo.

3º La de Araceli, que suponen es la que se trajo de Antioquia y regaló á Santa Pulqueria la Emperatriz Eudoxia (1).

Ninguna de ellas se parece á las otras, ni parecen tampoco de la misma mano y de igual estilo, dibujo y colorido.

El Rey Carlos VI de Francia supuso á fines del siglo XIV que habia adquirido la efigie de la Virgen pintada por San Lucas y que habia sido de Santa Pulqueria, y envió copias á varios Reyes, entre ellos á D. Martin de Aragon, y no contento con esto decia su carta, que la efigie tenia algunos cabellos de la Santisima Virgen, puestos sobre su retrato. Mas de esto se tratará en el tomo siguiente.

Como si estas fueran pocas, se citan igualmente como de San Lucas, una en el cerro de la Guardia junto á Bolonia, en un convento de religiosas dominicas dedicado á San Lucas, otra en Santa María la Mayor de Nápoles, otra en la iglesia de la Anunciata de Trápana y otra en un pueblo de Baviera que se dice traida de Creta. Total nueve, y todas distintas (2).

Para aumentar la confusion inventaron los falsarios en España que tambien las de Atocha y la Almudena en Madrid son de San Lucas, haciendo al Santo Evangelista no solo pintor sino tambien escultor, pues que ambas efigies son de escultura.

Aumenta la confusion el examinar las otras varias efigies que se dice haber sido hechas por ministerio angélico, unas en pintura y otras en escultura. De estas tenemos varias en España, pues además de la del Pilar de Zaragoza, hay otra en un convento de religiosas de Murcia y otra en otro convento de religiosas franciscas de Zamora.

De todas estas hablaremos en el siguiente tomo.

Tambien se ha disputado acerca del color, hermosura y disposicion exterior de la Santisima Virgen. Unos han querido suponer que era de un belleza sorprendente, alegando pasajes del libro de los Cantares que no pueden tomarse al pié de la letra y en este sentido, sino en el figurado con que los aplica la Iglesia. Parece indudable que fué bella áun en lo exterior, pero no con sorprendente hermosura, y aun esta moderada con una singular modestia y recato de modo que ningun sentimiento desordenado produjera en quien la mirase. La belleza corporal nada significa á los ojos de Dios. Ella, tan sencilla y pura, tan amante del retiro y del recato, para qué necesitaba estar dotada de esos atractivos frívolos y pasajeros de la be-

(1) El P. Contucci en la Vida de Santa Pulqueria, pág. 179 de la version castellana, consigna la opinion de Ducange in *Constantin. Christ.* pág. 89, libro 4º, y dice que aquella iglesia tomó el nombre "por la suma devocion con que toda la ciudad de Constantinopla veneraba la imágen de la Virgen pintada por San Lucas, que en ella se custodiaba. . . ." "Esta es, añade, aquella imágen que Pulqueria recibió de Eudoxia."

(2) Sobre este punto puede verse á Gretser, cap. XVIII y XIX de su obra *De imaginibus non manufactis*. Benedicto XIV, en su instruccion pastoral 68, habla tambien sobre este asunto.

Carducho en sus *Dialogos de la pintura* (7 fol. 127), y palomino en su *Museo pictórico* (lib. 2º cap. XI), hablan tambien de este asunto.

Acerea de la efigie de Nuestra Señora en Araceli escribió un libro el obispo y patriarca D. Francisco Jimenez, que se imprimió en Granada de órden del venerable arzobispo D. Francisco de Talavera.

Refiere el P. Gretser que la imágen venerada en Araceli era la que colocó en Constantinopla Santa Pulqueria, citando á Glicias, el cual dice que el venerable patriarca Germano se llevó esta efigie entre otras que sacó de Constantinopla, cuando le desterró el impío Leon Isáurico.

leza humana, que las almas santas miran como peligrosos y llegan á odiar algunas veces (1)?

Por igual razon quisieron suponer otros que era de color moreno, tomando al pié de la letra las palabras de los Cantares que le aplica la Iglesia en las antifonas de su rezo. *Nigra sum sed formosa*. Tomadas estas palabras literalmente habria que decir que la Virgen fué negra, y no morena, pues la palabra *nigra* no se traduce por morena, y para no tener que dar explicaciones dificiles lo mejor es no hacer aplicaciones impertinentes. El que sean negras muchas efigies antiguas de la Virgen tiene una razon bien natural, sencilla y hasta vulgar para todas las personas de regular erudicion. Los colores de que se valian los antiguos y aun se valen algunos pintores modernos para figurar la carne son metálicos, y muy especialmente el minio ó rojo y el blanco de albayalde: estos colores se oxidan y ennegrecen con el tiempo, y las imágenes debieran ser retocadas cuando esto sucede, puesto que el artista al hacerlas no las pintó de ese color negruzco, sino del color natural de la carne. (2)

De la vision que tuvo Santa Teresa de Jesus un dia de la Asuncion en el convento de Santo Tomás de Avila, nos dejó muy curiosas noticias en el libro de su vida (3), y algunas de ellas relativas á su continente exterior. "Era grandísima, dice, la hermosura que vi en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven; parecióme Nuestra Señora muy niña."

Pretenden algunos protestantes, que á la Virgen se la debe pintar anciana (4). Esta es una novedad ridícula. Cuando tuvieron lugar los principales acontecimientos de su vida, su desposorio, la Encarnacion del Verbo, la visita á Santa Isabel, el nacimiento del Salvador y la huida á Egipto, niña era y tierna adolescente, que no llegaba á veinte años. Claro está que al representarla al pié de la Cruz no se la debe pintar como niña, pues tenia entonces más de cincuenta años; pero en todos aquellos otros principales misterios preciso es al pintor cristiano representar la *niña* y de *grandísima hermosura*, cual aqui dice Santa Teresa que la vió, siquiera en aquella vision la gloria sobrenatural y celeste realzase á la belleza corporal y humana que en la tierra tuvo (5).

(1) Prescindiendo de las narraciones de las varias *Santas Barbadas* que se veneran en España y en otros puntos, hay el hecho notable de la beata Mariana de Jesus, que se desfiguró de intento, para que su belleza no excitase ningún sentimiento impuro. Era de Madrid y vivió en el siglo XVII.

(2) La supersticion y estupidez del vulgo se han opuesto á estas restauraciones cuando pre lados piadosos y cabildos instruidos las han intentado.

Efigies de estas hay que deberian estar en museos cristianos *especiales* (no mezclados con otros objetos profanos), pero no en los altares, pues inspiran irrision más bien que devocion, y lo mismo sucede con algunas efigies de Santa Ana y otros santos.

(3) Libro de su vida, cap. XXXIII.

(4) Así lo dice el autor de las cartas publicadas en un folleto intitulado: *La Virgen Mariana y los protestantes*, que es uno de los más estúpidos que han expandido en España.

(5) Contrasta mucho el lenguaje de Santa Teresa con el usado en algunas revelaciones posteriores, donde se habla de la Virgen con una minutiosidad que da mucho que pensar. Santa Teresa no se atreve á describir; es más, dice que ni sabe ni puede hacerlo. Le sucede lo que á San Pablo.

CORONACION DE LA VIRGEN: SU PATROCINIO EN LA IGLESIA: SUS REIRATOS.

Tenemos que figurar las cosas sobrehumanas y celestiales de un modo humano y por lo tanto imperfecto y bajo, respecto de lo que realmente son en sí. Por eso motivo, para presentar el alto poder y gloria á que fué sublimada la Santísima Virgen y que disfruta en el cielo, gloria muy superior á la de los Angeles y Santos y de todas las criaturas, aun las más encumbradas en el Empireo, tenemos que llamar á esto la coronación de la Virgen, figurándola efectivamente como una Reina de la tierra adornada con la real diadema. La Iglesia misma la representa así en las antifonas del rezo que son otras tantas jaculatorias y expansiones de su devoción ferviente y pura. En una de ellas nos dice: «La Virgen María ha sido ensalzada á los reinos celestiales, donde está sobre los coros angélicos.» En otra añade que la Virgen María ha sido asunta (1) á un tálamo purísimo, como que es espiritual y etéreo, en el cual está sentado el Rey de los Reyes en un solio tachonado de estrellas.

Pero ¿qué significa todo esto para lo que es en realidad? Coronas, cetros, palmas, tronos, pebeteros, flores, instrumentos de célica melodía pulsados por angélicas manos, rayos de luz cual puede figurarlos la tosca torpeza del pincel humano, resplandores que no dan luz, brillantes que no tienen brillo, ¿qué es todo ello para la realidad de la sublimidad de María en el Empireo? ¡Oh pobreza de la ejecución humana! ¡Queremos pintar la luz y hacemos sombras, queremos describir las grandezas del cielo y hacemos figuras de barro!

San Juan que la conoció bien, como sobrino, ahijado y capellan suyo, la describe alegóricamente en el *Apocalipsis*, tal cual suele pintarla por lo común la Iglesia Santa al figurar su Concepción bendita. «Una mujer rodeada del sol por vestidura, teniendo la luna bajo sus pies y coronada su cabeza con doce estrellas (2). El dragon que perdió á la mujer primera accecha á esta otra para morder su talon, se-

En otro pasaje de su vida, al fin del cap. XXXIX, dice: «Un día de la Asunción de la Reina de los Angeles y Señora Nuestra, me quiso hacer el Señor esta merced que en arrobamiento se me representó su subida al cielo y la alegría y solemnidad con que fué recibida y el lugar donde está. Decir cómo fué esto yo no sabría.»

(1) El participio *Asunta* se ha usado en buen lenguaje, dejando el de *Asumida* para otros casos; así como se dice con distintas aplicaciones *presumido* y *presunto*. La *Asunta* llama todavía en algunas partes á la efigie de la Virgen que representa la Asunción.

(2) *Mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.* (S. Juan; *Apocalipsis*, cap. XII, vers. 1^a.)

Por eso suele pintársela rodeada de resplandores, con la luna á los pies, oprimiendo con su planta una serpiente, y con un círculo de doce estrellas al redor de su cabeza.

gun la sentencia divina al prometer al hombre su remedio. Pare ella un varón que ha de regir al mundo con cetro de hierro, símbolo de la justicia eterna. El Hijo de la Virgen es arrebatado hasta el trono de Dios, y entre tanto la mujer misteriosa, la pura por excelencia, y por excelencia humilde, huye á la soledad y se retira por muchos años en su apreciada vida escondida (1).»

David la habia visto á la diestra de su Hijo, con vestido recamado de oro y con bordados de variados colores.

La Iglesia, en la fiesta de la Asunción, la aplica muchas de las frases epitalámicas de Salomon en el libro de los *Cantares*, aludiendo, no tan solo al tránsito y á la Asunción, sino tambien á la coronación de la misma. «¡Qué hermosa eres, amiga mía! ¡qué bella estás! Son tus ojos como de paloma..... Parecen tus labios una cinta de grana y tu cuello á la torre de David ceñida de almenas. Bello es tu conjunto, amiga mía, y no hay en tí mancilla alguna. Ven del Libano, esposa mía, ven del Libano para ser coronada, para ser ensalzada cual si estuvieras en lo alto de Amaná y en las cumbres de Sanir y del Hermon (2).»

La Iglesia Santa le aplica igualmente aquellas aclamaciones de los habitantes de Betulia á la valerosa Judit: «¡Tú eres la gloria de Jerusalem, tú la alegría de Israel, tú el más honroso ornato de nuestro pueblo (3).»

Aquí se preludia ya otro concepto. Despues del Tránsito viene la Asunción, en pos de la Asunción la Coronación de gloria y en la eterna gloria, en pos de esta el patrocinio santo de la Iglesia y la invocación de la Iglesia acudiendo á su amparo. Y en pos de la Iglesia Santa, ó con ella, por mejor decir, vienen los Santos Padres aclamándola. San Atanasio en el sermón de la Asunción la supone colocada en la diestra del mismo Dios (4).

Su gloria en el cielo, dice San Basilio, sobrepuja á la de todos los bienaventurados (5).

Nuestro compatriota San Ildefonso, singular devoto y favorito de la Santísima Virgen, añade que esta gloria es incomprendible para los mortales, porque así como lo que ella hizo no tiene comparación con lo que hacemos nosotros, así tambien son incomprendibles el premio y la gloria que por ende mereció entre todos los Santos (6).

Ampliando San Bernardo este mismo concepto, añade: «Tanto como tuvo de gracia en la tierra, otro tanto le correspondió de gloria singular en los cielos (7).»

Su colocación sobre los coros angélicos la asegura Santo Tomás, y la funda en que, así como tuvo el mérito de todos y aun mucho más, así tambien le correspondió de ser colocada sobre todos los órdenes celestiales (8).

(1) *Et peperit filium masculum, qui recturus erat omnes gentes in virgo ferrea: et raptus est Filius ejus ad Deum, et ad thronum ejus. Et multitudinem ubi habebat locum paratum á Deo* (San Juan *Apocalipsis*, cap. XII, vers. 5 y 6.)

¡Qué expresivo es ese concepto de la Virgen reconcentrándose en la soledad despues de la Ascension de su Hijo!

(2) *Cantic. Cant.*, cap. IV.

(3) *Tu, gloria Jerusalem, tu, letitia Israel, tu, honorificentia populi nostri.* (Judit, 15, vers. 10.)

(4) *Collocatur Maria á dextris Dei* (De Assumpt. B. Virginis.)

(5) *Maria universos tantum excedit, quantum sol reliqua astra.* (Nat. de An.)

(6) *Sicut est incomparabili, quod gessit, ita et incomprehensibile premium et gloria inter omnes sanctos, quam meruit.* (Sermón 2^o de Assumpt.)

(7) *Quantum enim gratie in terris adepti est, tantum et in calis obtinet glorie singularis.*

(8) *Sicut habuit meritum omnium et amplius, ita congruum fuit ut super omnes ponatur ordines celestes.* (De Libro de Sol. Sanct.)

Finalmente, San Anselmo dice que Jesucristo subió á los cielos ántes que su Madre, á fin de prepararle allí trono en su reino y á fin desalirle al encuentro solemnemente con toda la corte celestial, ensalzándola del modo más sublime cual cumplía hacerlo con su propia Madre (1).

Fácil fuera añadir otros muchos y no menos expresivos testimonios de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia antiguos y modernos (2). Baste con estos para prueba y para muestra.

La Iglesia Santa desde los primeros tiempos la dirige fervientes preces y la honra con solemne culto. El Concilio de Efeso la declara Madre de Dios (*Theotocón*) y condena al hereje Nestorio que le negaba este dictado. Reune á la salutación angélica la de su prima Santa Isabel, y añadiendo á los dos saludos inspirados por Dios la decision ecuménica, forma una tan dulce como breve plegaria que repetimos con frecuencia:—«Santa María, *Madre de Dios*, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

En pos de esta antiquísima y breve plegaria viene otra que llamamos la *Salve*, quizá de origen español, en que principiámos saludándola también y apellidándola *Reina* y Madre, no solo de Dios sino de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; y más adelante en otro precioso himno la llama *Estrella del mar*.

Multiplicanse desde el siglo XII en adelante las preces, los rezos, las devociones, los institutos religiosos destinados á servir á Dios y á la Iglesia bajo su advocacion, enseña y patrocinio. La Iglesia la toma por su especial protectora y abogada, estableciendo fiesta especial de este santo patrocinio.

San Pio V, despues de la victoria de Lepanto, hizo añadir en la letanía lauretana el título de Auxiliadora y amparo de los Cristianos. El papa Pio VII en medio de su cautiverio en Savona, y lleno de angustias y grandes tribulaciones, coronó la efigie de la *Virgen de la Misericordia* en aquel pueblo.

Libre ya del cautiverio y reconociendo que á la Santísima Virgen se debía este grande y casi milagroso evento, estableció que se celebrase el dia 24 de Mayo fiesta especial en honor de la Santísima Virgen bajo la advocacion especial de Amparo de los Cristianos (*Auxilium Christianorum*) (3). La de su Santo Patrocinio se celebra comunmente en el mes de Octubre (4) y en su rezo la Iglesia sustituye á las palabras *tuam sanctam festivitatem* las de *tuam sanctum patrocinium*. Finalmente, Su Santidad el papa Pio IX (que Dios haya) accediendo á los votos unánimes de toda la Iglesia, despues de muchas y fervientes oraciones, larga y madura deliberacion, oyendo los votos y dictámenes casi unánimes de todos los sabios del mundo, y con asistencia de un gran número de cardenales y obispos de todo el orbe católico y de las más distantes y apartadas regiones, declaró como dogma y punto de fe indudable la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen desde el

(1) *Prudentiori consilio illam procedere volebas quatenus in regno tuo ei locum proeparares; et sic comitatus tota curia tua festivos ei occurrens, sublimius, sicut decebat, tuam Matrem ad Te exaltares. (De excel. Virg. cap. VIII.)*

(2) Los seis textos anteriores se han entresacado de los dos discursos acerca de la Asuncion, escritos por San Alfonso de Liguori en sus *Glorias de María*, en especial el segundo á la pág. 381 y siguientes de la version española. Allí puede el que guste encontrar otros muchos textos de Santos Padres relativos á este asunto.

(3) Narra esto minuciosamente la leccion 6ª del rezo, sacada, como allí se dice, *ex publicis monumentis*. Es muy curiosa.

(4) En la Dominica 4ª de Octubre ó 2ª de Noviembre.

primer instante de su sér natural, cuya declaracion dogmática tuvo lugar el dia 8 de Diciembre del año de 1854. Esta declaracion dogmática dada en el Vaticano y aceptada, no solo sin dificultad, sino con unánime aplauso del catolicismo, dejó ya preluado el que, allí mismo y 16 años despues se definiera el otro dogma de la infalibilidad Pontificia, pues, á la verdad, aceptada la Bula *Ineffabilis Deus* (1) como dogma y punto de fe, y por tanto cosa infalible, ¿qué dificultad tenia ya el otro punto consignado en la otra Bula *Pastor eternus*? Era preciso ser consecuentes, y los que habian acatado y aceptado la declaracion dogmática pontificia de la Concepcion Inmaculada no podian ya en buena lógica, prescindiendo de más altas consideraciones, dejar de aceptar como dogmática la Infalibilidad Pontificia.

La Divina Providencia ha dispuesto que viéramos este gran triunfo de la Virgen María en la tierra, manifestacion del suyo sobrenatural y celeste en la eterna gloria, y que al compás que crecen las tribulaciones de la Iglesia y del catolicismo, y cunden la impiedad, la inmoralidad, el rebajamiento social y el indiferentismo religioso, se aumenten la devocion á la Virgen María, el esplendor y pureza de su culto y la confianza en su santo amparo y patrocinio. Sirva de algo para tan santos fines y piadoso objeto este humilde escrito de la vida de la Santísima Virgen María en que no cabe ya decir cosas nuevas, sino expresarlas con alguna mayor galanura y novedad, y para terminarla y asociándonos todos al fervor de la Iglesia Santa, de la nacion española que la reconoce por su especial Patrona, de los fieles todos del mundo católico, digamos esa interesante plegaria del Oficio divino:

¡Bajo tu amparo nos ponemos, oh Santa Madre de Dios: no desoigas nuestras plegarias cuando á tí acudimos en medio de nuestros apuros, antes bien libramos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita!

(1) La leccion 4ª en el nuevo rezo de la Inmaculada Concepcion está tomada de la Bula dogmática y principia con sus palabras mismas: *Ineffabilis Deus, cujus vixit misericordia et veritas*